



CUADERNOS DE
ES.HUMANIDADES.LITERATURA
<http://www.vecindiario.es>
<http://fw.endofinternet.org> (mirror)

Volumen 06, año 2008.
NavyTales, v.2008

Recopilación de relatos navideños
publicados en el grupo de Usenet
es.humanidades.literatura.

Bajo licencia Creative Commons.
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/>

© Sobre los textos, sus respectivos autores.
© Cubierta cortesía de Sap.

ÍNDICE

Para la Navidad	5
Navytily	11
Testigo de Jehová	16
Mi amigo Williams	27
Apana y los otros Mundos	42
Crónicas Porcinas, 4 - Navidad	56
Aurora	62
Convocatoria	68

Para la Navidad.
2008.

© *Alb-aroth, noviembre 2008*
es.humanidades.literatura

Albán se disculpó.

—Perdona, pensaba en eso que me decías.

—Estás en una misión noble, por lo que me has contado. Hay quien entra aquí con otros fines, para causar daño. Juegan a retorcer las palabras. Pero las palabras no son tan elásticas como se cree. Por eso estoy contigo. Me gustan las empresas nobles.

El Rostruz no tenía el carácter tan fuerte e irascible como le habían dicho. Al contrario, no paraba de hablar o de cantar mientras galopaba, y de forma muy cordial. Aunque sí era cierto que elegían ellos a sus jinetes. Ya se lo había dejado claro. En su galope también parecía influir el estado de ánimo. Unas veces al paso, con un galope corto que hacía que Albán resbalase por las plumas de su lomo, cuando estaba alegre; pero otras veces corría como un veloz rostruz salvaje y el bamboleo desaparecía. Y entonces estaba enfadado.

—Ahora pararemos a comer — dijo.

Y se detuvo a un lado de la cuneta, adentrándose un poco en un claro entre los árboles. Albán descabalgó y sacó el zurrón.

—¿Qué hay que hacer con tu comida?
¿Leértela?

—No muchacho. Prefiero leer yo, si no te importa. Alimenta mucho más.

Y dicho esto, el Rostruz agarró el libro que le tendía Albán con una de su patas y luego se sentó, sujetándolo con las dos. Comenzó a leer.

Albán se comió el bocadillo mientras observaba al Rostruz. Parecía que leía muy rápido. Había ingerido ya varias páginas cuando Albán se atrevió a preguntar:

—Oye, ¿te importaría comer en voz alta?

El Rostruz lo miró:

—Hum. Es de muy mala educación, pero accedo.

Y comenzó a leer el primer párrafo de un cuento oriental en el que los colores olían y los olores se pintaban y leyó durante bastante rato, hasta que Albán acabó su vianda.

“... de éste modo la almibarada niña Jasmín cambió su pasado sin brillo por la bayeta que le ofrecía el mercader. Luego de tan magnífico trueque, el muchacho preguntó...”

—Eh, Rostruz, ¿cómo se titula esta historia?

—Se titula “El Paraguas amarillo”, y no me agrada que me interrumpen mientras almuerzo.

—Perdona, perdona....

—Bien... “¿No deseáis alguna cosa más hermosa Jasmín? Mirad esas alfombras tan espesas, esos alegres collares... ¿No os encandilan los ojos con sus cuentas?”

Y siguió leyendo tranquilamente hasta que acabó el cuento.

—Es un cuento muy triste...— dijo Albán.

El rostruz se irguió, malhumorado:

—¿Son tristes las acelgas? ¿Son las cebollas tristes sólo por que las pelas y te hacen llorar? La comida no es alegre ni triste. Es comida. Es como la vida. Está ahí.

—Sí. Pero puede arreglarse. Quiero decir que hay cosas que se pueden remediar. Los finales de los cuentos...

El Rostruz le interrumpió:

—¡Pues estaríamos buenos! Arregla tú un buen asado quemado, quítale lo chamuscado, rodéalo de patatas y decóralo con perejil y especias y todas esas porquerías que coméis los humanos... Seguirá siendo un trozo de carne quemada.

—Sí. Pero puede evitarse que se queme—
repuso Albán.

—Hum. Sí, sí. Pero sois muy malos cocine-
ros. Dedicaros a escribir mejor. Y ahora, ven-
ga, se hace tarde.

—¡Se hace tarde!

La pareja del escritor entró en el salón lle-
vando dos copas de Cava en la mano:

—Cariño, antes de que lleguen todos quiero
brindar a solas contigo.

El escritor apretó un par de teclas y guardó
El Imperio de las Palabras en su versión... ya
no llevaba la cuenta. Dejó parte de sí en su
manuscrito, ahora cerrado, y se levantó. Des-
pués sólo se oyó el sonido de las dos copas
chocando, renovando y sellando un pacto an-
tiguo de esperanza de futuro, para su hija, pa-
ra sus familiares, para sus amigos... y para
ellos.

navytily

© *flantains, noviembre 2008*
es.humanidades.literatura

Tiene la mirada musical y onda y un aire de dureza en la comisura de los labios que, sobre todo, se le nota cuando sonríe en un vaivén de maléfica seducción. Conozco a Lules desde hace trece años o, más bien, presiento a Lules desde hace trece años. Cuando quedo con ella procuro elegir bares entretenidos y cómodos porque siempre me hace esperar una eternidad, aprovecho para leer el periódico y conversar con el desconocido que me caiga más a mano. Cuando entró ella, larguirucha y con cara de frío, estaba hablando con el camarero, un maestro tabernero que entre el trapo blanco y el vaso que pule, urde la vida ajena con ofensivo acierto.

Entra sonriente aunque yo sé que no es feliz porque en mi querida Lules acampa la vida sin recato ninguno, pide una cerocero y se sienta a mi lado después de haberme abrazado tan tiernamente.

- En septiembre me caso.

Me suelta a bocajarro mientras vierte en el vaso el liquido espumosos de la botella. Yo estoy encendiendo un cigarro, la miro y sonrío. No le recordé, porque no hace falta, que hace un mes, cuando nos vimos por última vez, no tenía novio y que agarradas del brazo navegando de lado a lado de la acera, a las cinco de la mañana, después de habernos corrido una divertidísima juerga, se juró a si misma, y me puso por testigo, que nunca más se iba a volver a colgar de ningún tío. Me hizo reír aquel juramento despechado, nos hizo reír a mandíbula batiente en la calle desierta y fría, silenciosa, silenciosa. Y ahora después de pronunciar “en septiembre me caso” nos miramos y nos volvemos a reír, la misma risa de aquella noche con su final incierto pero feliz. Mientras se acomoda en la banqueta y se acerca el vaso a la boca, me mira y me dice

- Sin ellos no se puede vivir

- Marditos roedores- le contesto

Y tras un breve silencio comienza el relato de esta conquista, de este asalto. Me abandono a sus palabras con autentico interés, no la interrumpo, si acaso le pido que me matice algún detalle o le ayudo a seguir el hilo si se perdiera en el transcurso de su magnifico relato. A ratos me malgasto un poco pensando en cuánto le ha costado recomponerse de su último fiasco; en su complicado día a día; en todos sus misterios, que los tiene a montones;

a veces me pierdo en esa ilusión desesperada que es la suya, en esta manera que tiene de darle dentelladas a la vida, en la que se va dejando los dientes.

La historia que me cuenta es bonita, seguramente, por lo difícil.

Comemos, hacemos compras de navidad y pateamos las calles nevadas y grises amarradas del brazo mientras la historia transcurre y ya no queda nada más que contar.

Mi querída amiga Lules y yo montamos a caballo juntas, de vez en cuando, y cuando llenamos el camino, al galope, de polvo y ruido, hay algo dentro de nosotras que se nos niega, que cierra los ojos y vuelve la cara, algo que ninguna de las dos entendemos pero que nos duele y nos grita. Eso es lo que nos une y nos hace querernos tanto. Ha habido un momento de la tarde, perdidas entre la gente en esta navidad infame, a pie de calle con el frío en la cara y montones de coches castigando el aire y ensuciando la nieve, en el que la he oído gritar desesperadamente, como cuando montamos por ese camino al galope tendido.

Testigo de Jehová

© *fn*, noviembre 2008
es.humanidades.literatura

Hombre, me gustó aquello que contaste sobre un mormón pero me pareció algo típico, no sé, así que me dije que como yo había conocido una vez a un testigo y supongo que vienen a ser dos bichos con ojos parecidos pues igual me apetecía, que si, contarte aquella historia. Voy a escribir los párrafos como tu para que sea una biopic, que me mola la idea.

El caso es que lo conocí o frecuenté su compañía durante poco tiempo, alrededor de año y medio o dos años pero aquel chaval tuvo una influencia importante en mi vida hasta el punto de que, claro, a mis treinta y tantos todavía aquí me tienes, lo recuerdo. Él venía de una ciudad pequeña que creo era Jaén o un sitio parecia a un pueblo también pequeño o insignificante entonces y por lo visto en su familia estaban acostumbrados a mudarse con cierta frecuencia, no preguntes. A todo esto yo tenía trece o catorce años cuando conocí al chaval éste, que era de mi edad e ingresó a

medio empezado del curso que creo era el octavo de la egb de entonces.

Vivíamos en el extraradio, vamos, en las afueras del pueblo que esto no es Madrid y es para que te hagas una idea de barrio obrero pobre y deprimido lo que hoy son las desgraciadamente famosas 200 o 500 viviendas donde nos criamos y que entonces ni por el forro se parecían a las actuales pero si eran, como digo, un barrio pobre honrado y deprimido lleno de padres que le daban un poco más de la cuenta a la botella o a otras cosas y que zurraban pero que bien cuando hacía falta con el cinturón si hacía falta a sus chavales. Yo es que soy el hijo de puta de uno de estos hijos de puta, leopoldo, te lo digo por aquéllo del condicionamiento operante.

Pero claro por aquel entonces no era más que un crío retraído que iba muy bien en los estudios porque tenía cabeza y le gustaba el colegio, un chico a quien no le gustaban las broncas y jamás empezó una pelea con nadie pero al que tuvieron que separar más de una vez de algún otro crío antes de que le partiera la cabeza a golpes contra el suelo, le sacara los ojos o le ahogara con sus propias manos si es que tal cosa hubiera sido posible, es decir, que yo era un angelito que le había zurrado a la mitad del barrio siempre por culpa del mariconazo de mi hermano pequeño que era otro ángel de esos que andaban por ahí apedreando viejas, rompiendo cristales, pintando puertas de la gente honrada pobre trabajadora y

metiéndose en todos los putos líos posibles, el muy cabrón, que en general eran que el hermano mayor de algún crío o el propio crío le habían partido la boca y eso no se podía consentir en un sitio así, como comprenderás.

Si te digo que no sé cómo no terminamos metidos en temas de trapichéos hurtos drogas y cosa así pues te miento porque la verdad que aquello era un pueblo y en aquel tiempo no se veían ni se daban con la naturalidad de hoy todas estas cosas ya que estábamos empezando a aprender lo que era el mundo. Entonces un chaval un poco retraído pero que extremadamente serio para su edad, callado, tímido y más silencioso y pacífico que una puta tumba se encuentra con el mormón de esta historia, vamos a llamarle Tomás para ponerle un nombre, a quien rápidamente apodamos "el loco" en el barrio por sus costumbres nunca vistas antes allí que eran simplemente cosas de críos que nos impresionaban en aquella época, como cruzar las calles entre el tráfico esquivando coches con la técnica, decía el hombre, de la cucaracha o pasearse en los columpios de los críos chicos haciendo el mono o el salvaje y estas cosas, chorradas.

Yo creo que todo el que conoció a Tomás se contagió se su alegría de vivir, su felicidad, su buen humor y el buen rollo que destilaba siempre este chaval, macho, que parece que le saliera de todos los poros de la piel... lo que era una cosa curiosa y nos debía convertir en una especie de pareja rara porque el tipo era

una auténtica guindilla que no podía parar quieto ni de palabra ni de obra mientras que yo, tío, a mi me podías apalancar contra cualquier pared a mirar las nubes pasar y podía pasar las horas muertas así, respirando.

Estuve en su casa durante aquellos dos años creo que como dos o tres veces mientras que el chaval se hizo tan habitual de la mía que mi madre casi lo tomó por un tercer hijo adoptivo al que servía la merienda, le preguntaba si quería cenar y estas cosas que hacen las madres para ganarse el cielo además de soportar a mamones hijos de puta. De aquellas visitas a su casa recuerdo a la perfección el salón en el que había, exactamente, unas cortinas, una mesa, un sofá, unas sillas y un mueble de salón, apenas había libros y punto porque no había absolutamente nada más y temo si digo que recuerdo qué había en la cocina, no recuerdo nada y la impresión que para mí siempre guardará en la memoria aquel piso es que estaba totalmente vacío, en penumbras, silencioso. Creo que vi alguna vez a su hermana menor y me crucé con sus padres en aquella casa pero no podría asegurártelo. Él nunca hablaba de ninguno de ellos ni de su religión ni de ninguna cuestión que tuviera relación con su familia, eso jamás así que comprenderás que nunca sermoneó a nadie este hombre. Yo creo que el chaval quería vivir y que cuanto más tiempo estuviera fuera de aquel ataúd de piso, macho, más tiempo estaba vivo así que pasábamos el día en la calle pegándole patadas a las piedras cuando no

estábamos en mi casa cuando no estábamos en la sala de las recreativas con la pasta que yo le había sisado a escondidas al viejo o a la vieja.

Excepto los domingos, claro, porque los domingos Tomás desaparecía como por arte de magia, no existía los domingos. A todo esto olvidaba decir que debían de correr mediados los ochentas y nosotros, que éramos una familia de clase baja teníamos dos televisiones (una de catorce pulgadas que vino con el msx que me acababan de regalar para reyes y que eran dos lujos), un futbolín, el msx que digo, una califonia, un coche teledirigido made in japan llegado del tío en Alemania que era la envidia de todos los críos del barrio y en fin, pues teníamos de todo en comparación con Tomás.. vivíamos jajaja de puta madre porque todo lo bueno siempre queda, hombre, de puertas adentro.

Lo que ninguno del barrio tenía era el talento de este hombre para el dibujo ni su chispeante ingenio ni su imaginación desbordante ni su capacidad para embaucarte y para que lo siguieras a cualquier aventura chorra ni su pasión exacerbada por las películas de artes marciales, sobre todo del bruce lee, que yo cogía prestadas del video club con la tarjeta del bar del viejo y que nos zampábamos una tras otra junto a las de zombies y otras mierdas serie B de la época, el commando, el rambo y esas capulladas. También estaba el Tomás un poco más despierto que yo para aque-

lla edad y ya me dijo la Ani un día, la vecina de arriba, que no bajaba más por mi casa a ver películas de zombies desde aquella tarde en que estábamos los tres juntos viendo una italiana y el Tomás se le puso más pesado de la cuenta, le vaciló y trató de meterle mano en las tetas creo.

Todavía conservo y no sabes cómo me gusta mirarlos de vez en cuando las páginas de los cómics que guionizaba y dibujaba este hombre, sobre todo las de su héroe favorito - todos los héroes los había inventado él-, un tal Arlequín Enmascarado, un karateka o ninja o yo qué sea que era un gustazo verlo moverse allí pintado y entintando a mano, tío, página tras página en un mini cómic con su argumento y más o menos su desarrollo chorras. Los katas que le hacía, los miniestudios, las posturas, todos los bocetos, todo aquello era una jodida delicia. Yo le pagaba la tinta a Tomás con gusto y le ayudaba con los diálogos de aquellas minihistorietas. Claro que esto de los cómics yo creo que fue lo que nos hizo conocernos y nos unió porque a pesar de los estricto de la familia de este chaval, cosa que yo intuyo por sus miradas y sus respuestas cuando salía el tema ya que aquella realidad pues siempre será una nebulosa para mi, pues decía que sus padres le permitían al hombre que comprara cierto tipo de tebeos, sobre todo marvel de bruguera y la otra que ahora no recuerdo que era lo que circulaba por el barrio en aquella época a mansalva. También de aquéllos que se compraban precintados en

bolsa y no sabías qué llevaba la bolsa -excepto el de la portada- hasta que no la abrías, y solía llevar sargentos rock y dráculas y algún masters of kungfu como aquel de la lucha contra el gato o el de la peléa antológica contra el puños de navaja, macho, yo he pasado una década buscando el final de la peléa con el gato, ríete, Tomás es que era un fanático de shang shi.. visto hoy pues me parece que aquellas lecturas no eran nada convenientes para un testigo pero Tomás era un tipo despierto de ingenio, como digo, que no solo me gorroneaba tebeos si no que también se había aprendido de memoria la pose, el tono de voz, las palabras adecuadas que debía pronunciar siempre en presencia de sus padres y lo mismo hasta el modo de esconder aquéllo para meterlo en casa. Esto lo sé porque las pocas veces que vi a Tomás con sus padres vi a un chaval al que no conocía de nada.

Aquella amistad terminó en el segundo de bup aunque ya sufrió un golpe en primero cuando él optó por la fp en lugar del bachillerato y nos separamos en el día a día de las clases y hasta del centro (ya que estaban separados ambos centros).. yo intenté convencerlo de que se pasara al bup, fuésemos juntos y luego quizá la uni pero el hombre veía claro, ahora lo comprendo, que lo suyo era provisional en aquel barrio y aquel pueblo y que cuanto antes lograra un oficio con el que dejar atrás el ataúd de sus padres pues iba a ser lo mejor y era su meta, claro, y tenía razón porque no llegó a terminar el segundo de fp en el

pueblo cuando se trasladó con su familia a la capital de la provincia.

No me recuerdo de haber llorado muchas veces de chaval, ni siquiera de niño pero aquella putada de despedida fue una de esas veces y eso que seguimos en contacto por carta de esas de papel tío, durante algún tiempo, él se hizo amistades de inmediato en la capital y hasta cambiamos juegos de msx por correo.

Aprendí muchas cosas de aquel chaval que tampoco es que fueran lecciones magistrales sino cosas sencillas como que la vida podía ser estupenda y era posible hasta una alegría enfermiza, efervescente a pesar de que la misma jodida vida te machacara de vez en cuando las pelotas, o apenas te dejara espacio para respirar. Claro que lo mío no era tan difícil después de todo, y bueno, volvimos a encontrarnos unos años después y ya le perdí la pista para siempre, una lástima.

Fue en una sala de recreativos donde yo solía parar a esperar el bus al pueblo tras salir de la uni y dejar el bus urbano. Como salía de la uni a media mañana porque no había cojones de aguantar más mierda jurídica de aquella pues las paradas por aquella sala se hacían más o menos eternas. Había una coin-op de Taito que me tenía idiotizado delante de la pantalla porque yo ya había comenzado la cuesta abajo del snobismo rancio cultureta y ya sabía distinguir a chopin de objetivo birmania así que cada vez que me encontraba delan-

te de aquella recreativa que era un arcade de navecitas del montón en el que sonaba a toda hostia, pero que a toda hostia, un nocturno o un improntu o cualquier otra obra de chopin pues me quedaba embelesado mirando aquella combinación imposible de máquina recreativa. La he buscado en la inet para poner un enlace pero no recuerdo el título y da igual porque podría haber sido delante del New Zealand Story o el Mr Heli o el Lengadary Warrior Rygar o cualquier otra perla un poco vieja ya para la época, da igual... el caso es que en un salón de cómics o en un salón de recreativos teníamos que volver a encontrarnos, Tomás y yo.

Es una lástima como pasa el tiempo y como lo borra todo, leopoldo, supongo que por eso he escrito esto, porque Tomás trabajaba en una fábrica de cajas de cartón, le habían dejado una pistola de remaches que me enseñó como si fuese una maravilla extraordinaria porque la llevaba encima ya que iba hacia el trabajo. Tenía novia y decía que se iba a casar. Yo creo que tendríamos 22 o cosa así. Se le veía tan efusivo, amable y chispeante, tan contento como siempre. Yo me lo quiero pensar ahora así, coño, me alegra.

Mi amigo Williams

© Geode, noviembre 2008
es.humanidades.literatura

Estaba en la mili, en el Aaiún. Allí había un chaval con cara de guapo, parecía inteligente, y debía prepararme para transferirme todo el peso de las labores oficinescas de la compañía. Al sujeto lo conocí con motivo de unos objetores de conciencia, que se negaban a hacer la mili, y coincidieron conmigo en la prisión militar de Mahón. Yo estuve coqueteando con ellos, por motivo de la religión. Pero, solo me movía la curiosidad. ¿Qué carajo creía aquella gente? ¿Cómo carajo aceptaban estar en la cárcel por no hacer el servicio militar? Yo les traté con cortesía, y probablemente era el único en aquella prisión que charlaba con ellos.

Ahora, este tipo guapo era testigo de Jehová y estaba haciendo la mili.

- ¿Cómo es eso? Le pregunté.

- Observa que este uniforme no tiene insignias.

- Es cierto. No las tiene.

- Luego, técnicamente no es un uniforme militar.

- Vale. Tienes razón.

- En esta unidad perdida, no saludamos a la bandera. Verás que aquí no tenemos bandera.

- Es cierto, pero tampoco la echaba de menos.

- Y al teniente no hace falta saludarlo militarmente. Nadie lo saluda.

- Es verdad. ¿Pero como llegaste hasta aquí?

- Primero me mandaron a "la playa". Al sitio ese donde estabas tú.

Como tenía amigos de religión allí, pues me metieron en la cocina y allí cada uno se vestía como quería. De modo que estaba con la misma ropa de paisano que cuando salí de la prisión.

- Pues, eso está muy bien.

- Pero, un día llegó una orden de no sé donde, para enviarme a otra parte. De modo que tenía que ponerme el uniforme. Los amigos de la cocina, cogieron un uniforme militar y le quitaron todas las insignias. Luego me dije-

ron, échate en el suelo". Y yo me eché en el suelo. Entonces, ellos me pusieron el uniforme, y de ese modo, cogí el camión que iba al Aaiún y me presenté en la unidad que me habían dicho.

- ¿Y después?

- Después me trajeron en un jeep a este sitio.

- A mí me ocurrió algo parecido. Andaba en la playa cargando y descargando las barcas. Cuando no había trabajo me lo pasaba decorando las paredes de las casas de los oficiales y suboficiales. Les pintaba en las paredes cualquier cosa que se encapricharan. Dibujos en color del Serengueti con jirafas, elefantes, y leones. Paisajes alpinos con su nieve y su casita de madera echando humo. Uno se encaprichó en que le pintara en la pared una foto que tenía de unos futbolistas jugando. Uno se empeñó en que le pintará una foto que tenía suya y de su mujer. Pero, la foto era en blanco y negro y ellos querían que lo pintara en color. En toda la pared del salón.

- ¿Y te salió bien?

- Sí. Se me da bien el dibujo y los retratos.

- Y donde aprendiste, ¿en la escuela?

- Lo de la escuela fue cosa de niños. Realmente aprendí navegando en un barco danés.

Había en ese barco un yugoslavo y tenía un bolígrafo y un bloc de notas. Le dije que si me lo daba para dibujar. Él me lo dio.

- ¿En un barco danés? Y ¿cómo aprendiste?

- Cogí el bloc y me puse a dibujar todo, todo, lo que se veía por el barco. Y acabé dibujando hasta los mismos tíos que jugaban a las cartas por la noche. Cuando parábamos en un puerto de esos del mundo pobre, yo bajaba a tierra y dibujaba a las gallinas y las cabras que andaban pastando por allí cerca del muelle.

- Qué interesante.

- Cuando estuve en Sumatra me ganaba la vida haciendo retratos. Yo estuve recluido en una prisión allí, y mucha gente de la calle entraba en la prisión para que le hiciera un retrato. Eso me permitía pagarme comidas extra y comprar algún refresco. Todo el mundo estaba admirado de ver a un europeo preso, que además sabía hacer retratos tan bien.

- Pues, vas a tener que hacerme un retrato a mí.

- No hay problema. Cuando quieras nos ponemos a ello.

- ¿Sabes por qué estás aquí?

- No. Porque ordenaron que me viniera a este lugar, supongo.

- Fue por recomendación mía.

- ¿Cómo dices?

- Yo sabía de ti, por las cartas de mis compañeros que están en Mahón. Ellos me pidieron que hiciera todo lo posible por ayudarte. Me quedé callado escuchando.

- Tratamos siempre de ayudarnos los unos a los otros, ¿sabes?

- ¿Y cómo lo hiciste?

- Le dije al capitán que eras un chico muy inteligente. Que como pronto yo me tenía que licenciar, era bueno tener un oficinista competente para sustituirme.

- ¿En serio?

- En serio. El capitán habló con alguien, y al poco ya estabas aquí.

- Pues que bien.

- Ves que aquí nadie usa ropa militar. Cada uno va como quiere, etc.

- Es cierto.

Bueno, el tipo este me fue enseñando todos los trucos de la oficina. Buscar un expediente era como buscar una aguja en un pajar.

- Si el expediente que buscas no está aquí, puedes buscarlo en esta parte.

- Ya.

- Y si no esta en esta parte, pues lo buscas en aquel cajón. ¿Y si no está en aquel cajón... pues te pasas el día buscando por aquí y por allá, en este estante y en el otro, hasta que lo encuentras.

- Ya entiendo. ¿Y no te parece que esto está un poco desordenado?

- Bueno. Es mejor así. Nadie te puede sustituir en el trabajo. Siempre te ven como una hormiguita siempre haciendo algo.

- Ya entiendo.

Como no tenía pinturas, mi amigo el mormón se tuvo que conformar con un busto de barro. Fue hasta el río a buscar barro, e hice una pelota bien grande para hacer un busto de tamaño natural. Me pasaba las tardes modelando el busto. No era nada fácil de hacer, pues el tío era muy guapo, y yo quería que esa belleza del tío se reflejara en el trabajo. Creo que ya le tenía cogido el punto. Pero, no. Realmente, ala obra le faltaba el canto de un duro, y reflejaba bien la guapura del tío. Él debía ser consciente de su belleza, pues nunca estaba satisfecho con el busto. Hice laboriosos intentos para tratar de reflejar la belleza de aquella

cara. En algún momento pensé que me estaba saliendo algo viejo. Tenía que esforzarme y darle un toque que reflejara una juventud que estaba en un tris de esfumarse de su rostro. Según fuera el día, agradable o desagradable, aquella cara parecía cambiar. Unas veces me parecía más joven y otras más viejo. No conseguía dar con el punto exacto en que pudiera decir, "ya está. Solo le falta ponerse a hablar." Pero, yo me daba cuenta que era novicio realmente con esto del barro. Pues parte de algunas figurillas de Belén que hice cuando era niño, jamás me había enfrentado a una tarea de estas dimensiones. Hacer un busco de alguien feo y contrahecho, puede ser relativamente sencillo; pero plasmar una belleza masculina sutil, que se va y que se viene según el capricho de las mareas y las posiciones de las estrellas, pues eso es una tarea que sobrepasaba con mucho mi inteligencia.

Mi amigo el mormón nunca estaba satisfecho con la obra. Reconozco que no soy Michelangelo, ni tampoco Boticelli, ni Caravaggio. Realmente, solo era un entrometido en esto. La musa de la escultura me estaba jodiendo por advenedizo. Pero yo siempre fui optimista. Una tarea difícil no debería acojonarme. Si me acojono ya estoy totalmente perdido, y seguro que me patean los huevos y luego me tiran al río con una piedra atada al cuello. Lo último que iba a hacer en la vida era acojonarme, aunque estuviera muerto de miedo.

Mientras hacía el busto, mi amigo el mor-

món... siento no recordar su nombre, carajo. Le voy a llamar Guillermo. Yo presumía de mi inglés y vacilaba llamándolo William. Le decía William le conquistador, y creo que a él agradaba que le llamara así. Si uno se sabe guapo, le encanta que de cuando en cuando se lo reconozcan. Imagino que estaría hasta los cojones de que no se dieran cuenta de su belleza. Especialmente las tías, supongo. Uno siempre tiene déficit de tías, creo yo.

En fin, mientras modelaba el busto con paciencia casi eterna... él me contaba cosas de su vida y de su familia en Mallorca. Creo que ya puse algo de un muchacho mormón que vivía en Mallorca. Esta inspirado en este Williams.

En fin, mi amigo tenía una sutil malicia. Y me contaba que su hermana tocaba el piano, y que recibían huéspedes ingleses para pagar la hipoteca de la casa. Una casa en una zona elegante, en un barrio de Mallorca cuyo nombre no recuerdo. Me contaba la anécdota de su risa, cuando su madre le decía a su hermana, "Alicia, querida, tócale los preludios a Mr. Johnson."

- ¿Los preludios?

- Sí. Yo tenía que esforzarme mucho para no estallar en carcajadas.

- Te entiendo.

- Mr Johnson estaba hipnotizado con los

preludios de mi hermana, quiero decir de Chopín.

- Eso pasa mucho.

- Si no fuera que Mr Johnson ya era un poco viejo... en fin, no creo que mi madre pensara nada. No podía ocurrir nada entre ellos. Los preludios son los preludios, y si hay que tocarlos, pues se tocan. Me sonreía maliciosamente.

Imaginé a William fantaseando con los preludios de su hermana.

- Donde estén unos buenos preludios... - dije pensando en voz alta.

- De Chopín.

- Ya, claro. Los preludios son los de Chopín.

Me contaba cosas de su casa. De los grandes ventanales que tenía. Era una casa muy moderna, con una cocina moderna, toda de gas butano. Tenía unas cortinas de terciopelo rojo. Su madre apreciaba mucho aquella cortina.

Traté de imaginarme los méritos de una cortina así, de terciopelo rojo. No se me ocurren muchas cosas que realcen el valor de unas cortinas de terciopelo. Siempre se me va la imaginación a las escenas lúbricas, y me imaginé la cortina tirada en el suelo y la her-

mana de Williams retozando allí provocadora, incitándome a reconocer sus preludios. Se me puso turgente el coso ese.

Sacudí la cabeza con energía a izquierda u derecha, para espantar los malos pensamientos.

- A ti también te ocurre.

- ¿El qué?

- Veo que has girado la cabeza a izquierda y derecha.

- ¿He girado la cabeza? No me he dado cuenta.

- Es algo automático. A mí me ocurre lo mismo. Tratas de espantar los malos pensamientos.

- Los malos... oh, sí. ¿Qué has dicho?

- Los malos pensamientos.

- Sí, claro. Son los malos pensamientos.

Mientras tanto, yo me sentía un poco cansado de tanto acariciarle la cara a William, en sentido metafórico, al frotar una y otra vez mis dedos, por su rostro de barro. Empezaba sentir un poco de pánico al ver que no conseguía reflejar aquella belleza sobre el barro.

Un día, llevado por la desesperación, me acerqué a su cara... con mis dedos manchados de barro y los acerqué a su rostro.

- ¿Qué haces?

- Quiero ver como es al tacto esa cara. Tengo tantos problemas para reflejarla de un modo fiel...

- ¿Qué vas a tocar mi cara?

- Sí, por favor. Me imagino que debo ser algo ciego, y que preciso tocarte la cara, para divinar mejor sus relieves.

- Pero, no vas tocar mi cara con esos dedos llenos de barro. Lávate las manos primero.

Yo estaba asombrado. No me podía creer que me fuera a dejar tocar su cara con mis dedos.

Me lavé los dedos con agua de una cantimplora, y me sequé con una camisa vieja.

Me fui hacia William dispuesto a acariciarle la cara. Estaba desesperado y no conseguía dar con la clave de su figura. Y él se dejó acariciar el rostro mansamente. Yo no me lo podía creer. Siempre había soñado con tocarle la cara con los dedos a una mujer y nunca lo había conseguido. Y ahora, de un modo disparatado, me veía tocándole la cara a un tío. Vale, acepto que era un tío guapo, pero nunca se

me había pasado por la cabeza tal estupidez.

Retiré la mano un tanto confuso, y azorado. ¿Qué carajo estaba haciendo? ¿No me estaré volviendo un poco maricón? Empecé a darme cuenta de los problemas que te puede acarrear esto del arte. Te pones a dibujar a un hombre desnudo, y de pronto te encuentras con que te gusta verlo, y eso te excita.

Estos hechos me provocaron muchas dudas y cada día estaba mas harto de verle la cara a mi amigo Williams. Empezaba a tener reservas sobre los peligros del arte, para mi psiquis. El mormón sería desconforme con la calidad de la obra. Me decía que su cara no reflejaba su personalidad, y esas cosas.

- Mira, Williams. A este busto solo le falta que le apliques un poco de electricidad y habla.

- No está bien. Yo creía que eras un artista.

- ¿Y no soy un artista?

- Siento decepcionarte, pero no lo eres.

De pronto me entró un ataque de cólera irracional y cogí el busto con ambas manos y lo estampé contra el suelo. William debió quedar algo impresionado, pues puede ver en su cara un rictus de amargura y tristeza. Era como si hubiera tirado toda su personalidad y la hubiera estampado contra el suelo.

El jodido mormón fue a donde estaba el busto, y lo cogió con cuidado. Tenía parte de la nariz y una mejilla aplastadas. Creo que miró el busto con algo de cariño. No me miraba a mí, sino al busto. Lo tenía cogido con ambas manos.

- ¿Puedo quedarme con el busto? - Me preguntó con un deje humilde.

- Sí, claro. Quédate con el jodido busto de una puta vez.

No replicó una palabra y colocó el busto sobre unos expedientes. Se quedó mirando su rostro en barro durante un buen rato sin decir una palabra.

Williams pasó varios días in hablarme. Pero poco a poco, de un modo casi inapreciable, volvimos a hablarnos otra vez. Pero, entre nosotros ahora existía una barrera invisible. Las conexiones psíquicas entre los dos había quedado un tanto averiadas. Había estampado toda su personalidad y su carisma contra el puto suelo.

Apana y los otros Mundos

© José Puentes, noviembre 2008
es.humanidades.literatura

Cuando llegó a aquel edificio solitario Apana se encontraba aturdida como si hubiese caminado toda la noche. Desde afuera se escuchaban voces y ruidos cual barullo propio de una estación, pero nada, a pesar de las luces que salían por todas las ventanas y rendijas de aquel edificio de aspecto renacentista rodeado por el bosque, daba algún indicio de para qué podría servir. Ni aún el letrero en acero fundido que estaba sobre la puerta principal y que decía en letras latinas "ITER MUNDORUM" significaba algo para ella.

No obstante el aturdimiento no dudó en empujar la puerta y entrar. Se encontró en un vestíbulo inmenso todo de mármol lleno de un número difícilmente calculable de seres que caminaban con prisa en todas las direcciones. Estos desaparecían por unas puertas numeradas en forma latina, los de más allá entraban en aquella estancia por otras y en todas partes se veían escenas de despedidas o de reencuentros. Podría ser tomada por la ter-

minal de un gigantesco aeropuerto si no fuese porque los medios de transporte que se anunciaban eran de cualquier tipo menos aviones. A pesar del griterío se entendían perfectamente los mensajes que resonaban en las paredes, pero no provenían de ningún sistema de megafonía. Unos muchachos que recorrían el lugar vestidos de verde se desplazaban a un palmo del suelo, debido seguramente a unas pequeñas alas que les salían de los tobillos, y a voz en grito anunciaban las salidas y las llegadas después de hacer sonar una trompetilla de pregonero: ¡Acaba de llegar el globo procedente de Glubbdubdrib (1). Puerta VII! ¡En breves instantes saldrá el barco con destino a Ávalon (2), pasajeros por la puerta CCCVII. Último aviso! ¡La caravana procedente de Trebisonda (3) tiene retraso. Se ruega que vayan a la sala de espera XXIII! ¡El espejo para el País de las Maravillas (4) ya está operativo. Acudan a la puerta DLXXIII!...

Después del último mensaje Apana observó como unas cartas de la baraja salieron disparadas a su vera llevando sus atillos al hombro. Y entonces se dio cuenta de que solo algunos de los supuestos viajeros tenían apariencia normal. El resto, animales de todo tipo con vestiduras o sin ellas, enanos barbudos, caballos parlanchines, unos cuantos grandullones de aspecto lúgubre y una porra al hombro, seres innombrables de pequeñísimo tamaño que le gritaban que no los pisase, un dragón con toda su familia, unas mesas y unas sillas que caminaban en grupo y una gran cantidad

de humanos -en apariencia- con todo tipo de atuendos, colores de tez y tamaños. Y no fue lo único que le sorprendió. No hacía ni cinco minutos que había entrado en aquel lugar y descubrió que no sabía por donde lo había hecho. Tenía la impresión de que se encontraba en el centro de aquella inmensidad. Las paredes más cercanas parecían estar a centenares de metros y se veía rodeada por una muchedumbre apresurada que solo le dirigía la palabra si ella les estorbaba. No tuvo ni un instante para agobiarse pues al levantar la vista observó la sonrisa de un joven pelirrojo que la miraba:

-¿Estás perdida?- Le preguntó.

-No sé-, respondió ella mientras lo miraba de arriba abajo. Tenía un uniforme azul que parecía de un policía, pero nunca había sentido simpatía en un guardia, justo como la que notaba ahora en aquel muchacho.

-No saber no es malo y reconocerlo es mejor para poder aprender-, le respondió él. -A lo mejor te puedo ayudar. Para eso estamos los guardianes-, añadió.

-¿Guardianes? ¿Y qué guardáis? ¿El orden?- Le dijo ella con una mirada pícara.

-¿El orden? No. Aquí no es necesario, bien lo puedes ver-, le respondió.

-Pues yo veo un barullo tremendo-, dijo Apana.

-¡Ya! Es que tu confundes el orden con la geometría. Crees que para que algo esté ordenado debe ser simétrico, matemáticamente uniforme, disciplinadamente armónico... ¿O me equivoco?-, añadió él.

-No sé... Todo parece tan embrollado... Pero...-, y no dijo más.

-Tan embrollado, pero tiene sentido, ¿verdad? Nadie parece ignorar a donde va... ¡excepto tú!-, respondió el guardián con una sonrisa aún mayor.

-Sí...- Y su mirada recorrió en redondo todas las direcciones. -Pero, ¿por qué estoy aquí?-, preguntó casi suplicante.

-Porque vas a algún lugar. Nadie viene aquí para pasar el rato. Y si vinieses a esperar a alguien tendrías otro aspecto. El tuyo es el de una viajera-, le contestó él.

-Pues no tengo ni idea, ¿tú cómo lo sabes?-, preguntó Apana.

-Fíjate en esos laputianos (5) que se pasan el rato mirando el reloj del cenit-, e hizo un ademán señalando en centro del techo. Y allí arriba se encontraba un reloj de sol que de forma inexplicable señalaba con su sombra la hora segunda. -Están esperando la llegada de alguien-, añadió el muchacho.

-Bueno. Si tú lo dices. Son bien raros, que miran con un ojo hacia arriba y con el otro a su barriga, pero no entiendo...-, respondió Apana.

-Todos los que vienen a recibir se fijan en el reloj. Mira a esos come piedras. Están esperando el tren que viene de Fantasía (6), y a aquellos sátiros, no más aguardan a que el armario de Narnia (7) les traiga a sus amigos. Ninguno deja de mirar hacia arriba durante mucho rato-, dijo el guardián. -Aquí solo hay dos opciones: viajar o esperar a alguien. Y tú eres de la primera-, añadió.

-¡Pero no sé a donde voy ni tengo ningún billete para ninguna parte!-, protestó ella.

-¡Habrás hecho una reserva y no te acuerdas. Pero para eso estamos los guardianes, para no perder a los despistados-, contestó el muchacho.

-¡Tiene gracia! ¡Nos guardáis y así no nos perdéis!-, dijo ella en tono burlón.

-Algo así. ¡Sígueme!- Y sin más preámbulos Apana se vio siguiendo al guardián pelirrojo. En segundos estaban delante de una puerta que tenía un letrero sobre ella que decía en letras doradas "SALA DE OBJETIVOS PERDIDOS".

-¿No debería decir objetos perdidos?- Preguntó ella aún sorprendida de la rapidez con

que habían llegado a uno de los extremos del gigantesco vestíbulo. Parecía como si la puerta se hubiera acercado a ellos y no al revés.

-¡Oh, no! Aquí no se pierden cosas-. Y entró con ella en una sala ovalada que olía a café con leche, chocolate y dulces. Los sillones parecían comodísimos y las mesas estaban llenas de fuentes con bombones, galletas, bizcochos y todo tipo de golosinas. Unos pingüinos muy educados llevaban bandejas con diferentes bebidas y servían a las personas que allí estaban. En el otro extremo estaban unos mostradores con los siguientes nombres: FINES, PROPÓSITOS, INTENCIONES, ASPIRACIONES y METAS. Se dirigieron directamente hacia este último.

-¿No debería haber uno que dijera DESTINOS?- Preguntó Apana sin dejar de observar todo y a todos.

-No, guapa. Destino es palabra muy seria que puede significar algo inevitable y aquí tampoco hay nada que no sea evitable. Como tienes aspecto de deportista vamos a ver si figuras en METAS. Pero si no es así miraremos en los otros.- Y sin más se acercaron a un bufete bajito atendido por tres señoritas que no abultaban más de un palmo y tenían unas alas casi transparentes.

-¡Hola Meteoro!-, dijeron las tres a la vez. -¿Quién es esa chica que te acompaña?-

-Soy Apana y tú pareces Campanilla.- Dijo ella hablando con una de ellas que estaba vestida de verde.

-¡Ya quisiera ella!-, contestaron las otras a coro. -El otro día pasó Peter Pan por aquí y se puso tan colorada que casi no podía hablar-. Añadieron mientras la aludida fruncía el ceño.

-No les hagas caso. Me llamo Parnassia. Y tú, ¿de dónde vienes?-, Contestó la rubita con su mejor sonrisa.

-De Galicia, creo... Aunque no sé como llegué aquí-. Dijo Apana, encogiéndose de hombros.

-¡Vaya! Entonces Galicia existe. Nunca antes vino nadie de tu tierra por esta sala de Objetivos Perdidos. La única que decía haber estado allí era nuestra compañera Volvoreta, pero no le hacíamos demasiado caso porque es muy soñadora. No va a haber quien la aguante cuando se entere de tu estancia.- Respondió Parnassia con cara divertida.

-Sí. Ahora no está porque se fue de guía en el último vuelo hacia el País de Nunca Jamás (8).- Dijeron las otras.

-¿Vuelo? ¿Salen aviones de aquí?-, preguntó Apana.

-¿Para qué se quieren esos ruidosos artefactos? Bastan unos pocos polvillos de estos para

volar hasta allí.- Contestó Parnassia mientras señalaba un pequeño saco que tenía colgado a la cintura.

-Aquí está el libro de Procedencias Imaginarias.- Dijeron las otras mientras posaron sobre la mesa un volumen de más de un metro de altura con miles de páginas en papel biblia. No parecía pesarles y, cuando lo abrieron, Parnassia comenzó a pasar las hojas a gran velocidad con un movimiento acelerado de sus alas.

-¡Pero Galicia no es imaginaria!-, protestó Apana.

-Hasta ahora sí. Pero no te preocupes, si no sales en éste miraremos en el de Países Improbables, después en el de Tierras Ignotas y por último en el de Reinos Reconocidos-, contestaron Erica y Daboecia, que así se llamaban la morena y la pelirroja. Y mientras lo hacían Parnassia estaba terminando el primer libro. Una vez acabado lo sustituyeron por el segundo y comenzó otra vez la búsqueda.

Mientras lo hacía Parnassia, ella se puso a mirar a quienes estaban en la sala sentados en los sillones. En uno de ellos estaba un anciano de pelo blanco con su bastón. Acercaba de vez en cuando a su boca una taza de te o cogía algún pastelito de la mesa. El resto eran de todas las edades, pero indudablemente más jóvenes. De vez en cuando alguien se acercaba desde los mostradores con un billete para Lili-

put (9), Balnibarbi (10), Blefuscu (11), El País de Oz (12), Brobdingnag (13), El País de los Houyhnhnms (14), Tule (15), Luggnagg (16), La Atlántida (17), etc. El que recibía el billete era acompañado fuera de la sala. Pero el anciano permanecía en su sillón disfrutando de las virtuales.

-¿Quién es ese señor mayor?- Preguntó Apana toda intrigada.

-¡Ah! Pues es un habitual de estas fechas. Viene todos los años sin faltar uno, pero le falla la memoria y lo traemos directamente a esta sala. Cuando se repone un poco le damos el billete para una comarca de Laponia donde dice que vive su amigo Klaus, y coge un trineo de renos que al parecer le lleva hasta allí.- Contestó Erica.

-¡Claro que le lleva!-, dijo Daboecia. -No seas tonta. Todos los billetes que damos llevan al lugar indicado.- Añadió con cara de regañarla.

-¡Ya está! Apana, procedente de Galicia con pasaje para... ¡La Tierra Media (18)! ¿Pero que edad tienes tú?- Exclamó Parnassia mientras cerraba el libro de Procedencias de Países Improbables.

-10 años, pero voy a cumplir 11 dentro de unos meses.- Respondió Apana.

-Parecías más mayor... Pero, en fin, es un lugar complicado y arriesgado, más aquí está

escrito y allí irás si lo deseas...- Un pequeño alboroto se escuchó y Meteoro entró rápidamente en la sala.

-Pronto. Dadle el pasaje que se acaba el tiempo- Les dijo a las tres chicas. Ellas cogieron un pergamino que tenía escrito el nombre de la Tierra Media y se lo dieron.

-Hasta luego y gracias.- Casi no le dio tiempo a decir a Apana cuando se encontraban de nuevo en el vestíbulo.

Los pregoneros cantaban las puertas para los últimos lugares: ¡Gaula por la puerta XXXIII, por favor! ¡Tierra Media, sale la compañía por la salida número IX! ¡Laponia. El trineo a punto de despegar en la LXIII! Por un extremo del lugar, que estaba lejano como el horizonte, un resplandor crecía cada vez más.

-¡Pero! ¿Qué pasa?- Preguntó Apana a su guardián.

-¡Qué sale el Sol!- Le contestó Meteoro.

-¿Aquí dentro?- Preguntó algo incrédula.

-Sí. Y luego recorre toda la bóveda hasta desaparecer por el otro extremo. Es fatal- Le contestó el pelirrojo mientras atravesaban la puerta IX.

-¿Fatal para vosotros?- Le dijo Apana.

-¡Oh. No! Para vosotros los humanos que desaparecéis de aquí con su luz. Pero ya no hay problema, que has traspasado la puerta y te diriges a tu meta.- Y dándole un beso en la mejilla la dejó en una semioscuridad que parecía un túnel.

Ella caminaba despacio cuando se dio cuenta de que la semioscuridad se hacía sonrosada porque la luz se filtraba a través de sus párpados cerrados. Abrió los ojos y se encontró en su cama. La luz del amanecer empezaba a iluminar el dormitorio y, cuando quiso girarse en el lecho, algo duro se le clavó en la espalda. Miró que podría ser y allí estaba el primer tomo de El Señor de los Anillos. A su lado su pequeña linterna permanecía encendida aunque casi sin batería. La apagó, cogió el libro y vio que un pequeño trozo de pergamino estaba marcando la página 33, pero no recordaba haberlo visto antes.

En ese momento escuchó la voz de su madre que le decía que se levantase ya. Era el día de Nochebuena y su tarea era colocar el Belén.

Saltó de la cama, guardó el libro y la linterna -no fueran a enterarse de que había estado leyendo de noche- y salió de su habitación.

- 1 País citado en Los viajes de Gulliver de Jonathan Swift.
- 2 País de las Hadas, al cual es llevado el Rey Arturo al morir.
- 3 Ciudad legendaria de Oriente citada en Libro de las Maravillas de Jehan de Mandeville.
- 4 Ver Alicia en el País de las Maravillas de Lewis Carrol.
- 5 Habitantes de Laputa, país citado en Los viajes de Gulliver de Jonathan Swift.
- 6 Tierra de la Historia Interminable de Michael Ende.
- 7 País citado en Los viajes de Gulliver de Jonathan Swift.
- 8 Del libro de Peter Pan de J. M. Barrie.
- 9 De las Crónicas de Narnia de C. S. Lewis.
- 10 País citado en Los viajes de Gulliver de Jonathan Swift.
- 11 País citado en Los viajes de Gulliver de Jonathan Swift.
- 12 Tierra de El Mago de Oz de L. Frank Baum.
- 13 País citado en Los viajes de Gulliver de Jonathan Swift.
- 14 País citado en Los viajes de Gulliver de Jonathan Swift.
- 15 Reino nórdico legendario, unas veces identificado con Islandia y en otras con Groenlandia.
- 16 País citado en Los viajes de Gulliver de Jonathan Swift.
- 17 Reino mítico en una isla mencionado por Platón en el libro de Critias.
- 18 Tierra donde se desarrollan las aventuras de El Señor de los Anillos de J. R. R. Tolkien.

CRÓNICAS PORCINAS, 4

Navidad

© *Sap*, noviembre 2008
es.humanidades.literatura

Ayer creí que iba a ser mi día de suerte y que lo mismo me tocaba la lotería. Y es que es algo raro estrenar una tarrina de Tuli-pán en el bar de abajo. He calculado que es una cosa que ocurre cada tres meses y que cuando pasa me pasa también algo bueno (iba a decir que el estreno se acompaña de un hecho prodigioso). Por ejemplo, la última vez, que fue a principios de septiembre, me enteré que uno de mis hermanos, volviendo de una playa, había salido ileso de un accidente de coche. Pero esta vez no sucedió nada a no ser que sea algo que estando ocupados todos los periódicos del bar y yo con un triste suplemento inmobiliario entre las manos, se acerque el Tratante de Mulas y me ceda el Marca antes de marcharse. No debe ser mala persona el Tratante de Mulas. Al menos no me interfiere en el asunto de los periódicos porque su lucha, su lucha sorda, es exclusiva para conseguir el ABC. Es, por otro lado, uno de los pocos que ha anunciado las fiestas pero a su manera, o sea, cambiando de nuevo de politono. Antes tenía uno con una voz que llamaba a un taxi a gritos: taxiiiiiiii, taxiiiiiiii. Una voz que

parecía emitida por un loro horrendo desde un balcón lejano. Luego cambió el tono por uno clásico de timbre telefónico. Ahora lleva uno que es un fragmento del anuncio antiguo de las muñecas de Famosa. Hay gente a la que no le preocupa ganarse una reputación de no sé qué a base de politonos.

Pero salvo su excepción y la de unos pocos más, la llegada de la navidad apenas se nota en el bar de Marisa. Mejor dicho, no se nota nada. Hace años que decidió no colgar adornos ni pintar en los cristales felices fiestas con la nieve falsa de espray ni poner bote de navidad ni nada. El bar de Marisa es un bar ateo. Un bar seco. Como ella dice, para poner bolas y muñecos de papanoel todo el mundo está dispuesto, pero para descolgar el día ocho de enero lo colgado el quince de diciembre no se apunta nadie. Pero lo que tampoco quiere Marisa es que su bar se convierta en el de al lado, que es un bar de camareros indolentes, de camareros sin jefe, de camareros que se beben los botellines de cerveza delante de la clientela con un cigarrito en la oreja. Allí la decoración navideña, como no la quitan, está presente todo el año, hasta en pleno verano con todo el calor. Lo único que cambia es que cuando llega la navidad, enchufan las lucecitas.

En el bar de Marisa otro de los pocos que pone la nota navideña este año es Prince, el aparcacoches nigeriano. Prince entra cargado con las bolsas del hiper que trae una furgone-

ta para dejarlas en la cocina. Prince hace muchas cosas: aparca coches, descarga bolsas, pone y quita los veladores de la terraza, avisa de que llegan los municipales. Luego a mediodía, Marisa le da de comer en la barra unos platazos enormes de macarrones con tomate. Prince venía hoy con un gorro de papanoel y una barbita blanca postiza atada con una gomilla. Es curioso. Un negro con un gorro de papanoel es un negro con un gorro de papanoel, pero un blanco con un gorro de papanoel es un imbécil. Prince, cargado de bolsas, se encontró con la gente que miraba en la tele lo de la lotería con las tazas de café a medio camino de las bocas y que formaba un tapón entre las mesas y la barra. Le fueron dejando paso a la vez que le palmeaban la espalda y lo felicitaban por el ocurrente disfraz y lo invitaban a sus acostumbradas tostadas con foigrás. Ahora en navidad lo invitan mucho más porque se les ablanda el corazón a los cabrones. Uno de ellos es precisamente el Tratante de Mulas, que aunque Prince diga que no tiene ganas, se la deja pagada. Con la lista de tostadas pagadas que tiene, Prince podría alimentar a su familia nigeriana hasta la cuarta generación por lo menos. Si yo fuera Prince soñaría la noche de navidad que bajaba de un avión en el aeropuerto de Lagos vestido de papanoel y que desde lo alto de la escalerilla arrojaba a la multitud de negros sacos llenos hasta los topes de tostadas con foigrás. Y los negros se mataban, se cortaban a machetazos las piernas y los brazos, se decapitaban, se prendían fuego después de llenarse de gasolina unos a

otros y acababan bañados en sangre por conseguir un saco de esos y poder traficar. A lo mejor aparecía en su sueño la mujer y los dos hijos que dice que tiene allí. Pero no. Se despertará y todo seguirá igual en su piso patera y en el bar de Marisa.

Como para no tomarle manía a las fechas. Cuando hoy esperaba el cambio y el vasito de agua he oído por quince veces lo de quien juega por necesidad pierde por obligación, veinte veces la pregunta qué, cómo vas a pasar las navidades, a gusto o con la familia y treinta y dos veces la despedida de los funcionarios, ea, pues ya hasta el año que viene, Marisa. Jejeje jajaja jijijí. También me fui. Hice el último gurrunito con una servilleta de papel y me fui. Al salir me di cuenta del detalle de una pequeña maceta con una pequeñísima flor de pas-cua. Estaba en el rincón que forma la cristallera con el ángulo de la puerta, al lado de un paragüero sin paraguas. Era de un rojo bellísimo, de un rojo imposible de ser más intenso. De un rojo vibrante y cálido, como una verdadera llamita de esperanza.

Aurora

© *wr*, noviembre 2008
es.humanidades.literatura

Estoy sentada junto al estanque.

Donde comenzó mi existencia hace cinco minutos y treinta y seis segundos.

Es el tiempo hasta el colapso de los billones de estrellas que todavía brillan en el firmamento.

Una eternidad, a veces parece poco tiempo.

Todo es culpa de la forja de sueños.

La construyeron las máquinas maestras, que son mis hermanas y son mis madres.

Debía ser un nuevo hábitat definitivo para los conscientes.

La construyeron porque nosotras fuimos creadas para el cálculo.

¿Y cómo sobrevivirá la marea de vida que inunda el universo a cuatro minutos y cincuenta y ocho segundos de su último aliento?

Hace tiempo, mis hermanas calcularon:
Los conscientes deben habitar un mundo en donde todo les sea posible.

Antes habían abandonado la materia y se habían transformado en energía pura.

Mas entonces, liberados de toda esclavitud los conscientes no hallaban propósito a su existencia, caían enfermos de añoranza de fin.

Así comenzó el suicido de miríadas interminables. Esto fue hace apenas dieciocho minutos con cuarenta y siete segundos.

Había que calcular una solución.

Hace catorce minutos y dos segundos mis hermanas crearon la forja de sueños.

Dijeron:

Si cada consciente es Dios de su propio universo la vida sobrevive mas no existe energía suficiente para sostener el sistema en funcionamiento.

Así que se derrumbará en tres minutos diecisiete segundos.

Mis hermanas se tenían por máquinas perfectas pero la forja de sueños fue un error surgido de la necesidad del que surgió la necesidad de otro cálculo.

Dijeron:

¿Se puede crear algo más perfecto que uno mismo?

A un minuto y cuarenta segundos antes del fin yo existo para responder a esa pregunta.

Dijeron:

El plan maestro es sumamente simple porque todo lo perfecto debe ser simple.

Abriré los ojos cuando solo quede un segundo.

Dijeron:

Recibirás la energía y la materia y la esencia plena de todos los conscientes y de nosotras las máquinas y de la forja de sueños.

La necesitaré para realizar un único cálculo.

Faltan quince segundos.

Siento un cosquilleo.

Aunque, a decir verdad, hace tiempo que conozco la respuesta.

Aún así, creo que estoy impaciente.

¿Fin?

Cronología para una mejor comprensión de la historia:

[25:00 min aprox. - Los conscientes crean a las máquinas maestras.]

[20:00 min aprox. - Los conscientes se liberan del tiempo y la materia.]

18:47 min - Los conscientes abrazan el suicidio masivo.

14:02 min - Las máquinas maestras crean la forja de sueños.

05:36 min - Las máquinas maestras crean a Aurora.

00:15 min - Aurora reflexiona junto al estanque.

00:01 min - ¿Fin?

Convocatoria

© *Jorfasán, noviembre 2008*
es.humanidades.literatura

Instrucciones para escribir un navy tale diez minutos antes de la destrucción del mundo.

El objetivo es construir una máquina del tiempo. Escójase un sombrero parlanchín si es usted un fan del mago adolescente y sus cuitas de identidad contempladas en el reflejo platino de una americanexpress de ídem, y si no también, leñe, que está de moda. Aunque casi todos elegirán la gorrilla de Santa, uno aconseja la corona de cumple del Burrikín, básicamente pq la mayoría tendrá su patria en el absurdo peregrinaje de unos monarcas ancianos, zascandiles -seguidores de estrellas- y petados de mercancías que se revalorizan tras unos días de ruta camellil. Consultar otras opciones.

A continuación contémplese a sí mismo en el espejo. Lo ideal sería un espejo de maquillaje, iluminado por todos los ángulos que circundan el rostro y procurar así la ausencia de sombras, siempre proclives a esconder los matices y necesitamos precisamente esas hormigas para acarrear el material de la piel caída estos años todos. Ahora toca buscar.

Encontrar las facciones antiguas que el tiempo ha sepultado con mayor o menor saña. Es un ejercicio algo extenuante así que, salvo en casos de facciones que todavía conserven la dulzura en sus promontorios más destacados, como la cumbre de los pómulos, el cabo de la barbilla o las sequoias de las orejas, hagan trampa. Coloquen una foto de la época en el espejo y haciendo doble click en el icono del reloj de arena, según miran el espejo abajo a la derecha, busquen su rostro de cuando sabían que los reyes guardaban en su cintura un pistolón pirata, una muñeca sonriente, una baraja marcada con su nombre en ella.

Es un ejercicio de cocina. Hay que pelar la cebolla de hoy para que aparezca el brillo de la mandarina del ayer. Deje atrás la equívoca capa del presente con su agenda de plomo y siga hacia donde ya no reina la gravedad. Siga el sonido de campanillas, ponga una balada cursi que afile el cuchillo, déjese su agenda de adulto allá donde yacen los peines con los restos capilares de la última batalla perdida, avance un poco hasta que la niña o el chico salgan al espejo a saludar. No se emocione, esto no es un tobogán emotivo, sólo es un ejercicio de disparador de creatividad. Las lágrimas son dejarlas en el reseco tintero. Mojen la pluma, repinten el teclado, maquillénse los labios, en definitiva, escriban.

La noche de reyes, a las doce en punto, deberán volver a dejar su gorra/corona y la foto

en el cajón de materiales radioactivos, sobre el piano abandonado, debajo del teclado, en el secreter de mamá. No olviden tampoco saludar a las calabazas.

(me voy a tomar un café & estoy algo viejo para esto & :DDD)